

CAMINA

Vive a prisa, no temas,
busca en cada espada
y en cada hollín
un escudo que te inmunice.
Cubre tus manos de cortezas de
árboles milenarios, sufridos.

Ca
mi
na.

Camina ahora por los prolíficos
senderos de la vida y sonríe,
ríete de que los cardos topen
con las cortezas y se agrieten,
de que las espadas y el hollín
se repriman de habitante, por temor
y de tener no sólo vida, sino
sangre para alimentarla y fuerzas
para combatirla y depurarla

Ca
mi
na.

Adriana SEGURA

FRANCISCO ELIAS DE TEJADA Y SPINOLA

EXTREMEÑO UNIVERSAL

por **Francisco FERNANDEZ SERRANO**

(A. Corresponsiente de la R. A. de la Historia)



Le definió a sí mismo, en aquella lección de José López Prudencio, el entonces recién fallecido patriarca de las letras extremeñas, y al año siguiente desde la Salamanca universitaria ratificó su extremeñismo apasionado en una geografía sentimental donde se trazaba el eje de un meridiano de amores, que saltaba desde el Jerte hasta el Guadiana, por encima de la Cáceres de los palacios hoscos.

Pocos paisanos nuestros han hecho una pública profesión de fe extremeña tan vehemente como Elías de Tejada, una fe que confirmaban sus muchas obras: obras escritas, hasta doscientos libros, y obras enseñadas, o realizadas.

Por eso me he dolido que, salvo el "Requiem por un sabio", publicado en el diario madrileño "El Alcázar" y firmado por Pedro Rodrigo, toda la prensa de la capital española, incluido algún periódico en el que aparecían las esquelas, pagadas, de la defunción, haya guardado un injustificado silencio, al desaparecer, al filo de los sesenta años, Francisco Elías de Tejada y Spinola.

Ni los 200 libros, pila inmensa de publicaciones que abarcan y valoran infinitos problemas generales, humanos, y particulares de España y de sus regiones; ni su don de lenguas —conocía treinta idiomas, y dominaba, por lo menos, veinte— ni su larga tarea universitaria iniciada, mucho antes de los treinta años, en Salamanca, continuaba mucho tiempo en Sevilla e incorporada recientemente a la Complutense de Madrid; ni su erudición maravillosa; ni su facilidad para captar problemas y orientar soluciones; ni sus viajes por todo el mundo —evoco los de Islandia, el Tibet y

el Brasil únicamente— ni sus conferencias de alto nivel científico en Europa y América; ni aún las instituciones a que dio vida y movimiento; preocuparon y conmovieron a los profesionales de la frivolidad —tales se llaman los periodistas— al morir en Madrid inopinadamente el pasado 18 de febrero.

Tal vez ese interesado silencio haya sido el mejor homenaje a este superdotado intelectual que lo mismo ganaba una cátedra universitaria enfrentándose con el tribunal que lo juzgaba, y le encontraba sólo, por el pavor que habían sentido otros posibles competidores de alto coturno, y buena situación política, a enfrentarse con el doctor formado en Madrid, Berlín y Oxford, que sabía enjuiciar duramente las posturas, falsamente inteligentes de ciertos prelados eminencias aptas sólo para escamotear las verdades que los comprometían aunque los hiciesen más libres. Un hombre que se hubiera podido equiparar con Vázquez de Mella o con Menéndez y Pelayo, era tela muy difícil de cortar para muchos profesionales del periodismo, que manchan periódicos con menos facilidad que Elías devoraba y asimilaba libros fuera, y dentro, de su inmensa biblioteca de 70.000 volúmenes, una de las más importantes de España.

Había nacido, es cierto, en la capital de España, y cerca de la misma Puerta del Sol, un Viernes Santo por más señas, el de 1917; pero nunca se jactó de un madrileñismo ocasional, por accidental nacimiento, y en cambio se confesó reiteradamente extremeño por los cuatro costados. En el curso 1948-49, en torno al catedrático de Filosofía del Derecho, se organizó en la universidad de Salamanca el primer seminario de Estudios Extremeños, que publicó los resúmenes de sus estudios sobre los extremeños en la etnología y la historia, sobre el conquistador, como tipo humano; sobre lo extremeño en el folklore, en las letras, en la filosofía, en el arte, y concretamente en Zurbarán. Por allí andaban de Plazencia, Marino Barbero Santos y Modesto Serna Moreno, de Badajoz, Antonio Alvarez Joven y Francisco Elías de Tejada, de Granja de Torrehermosa, estudiando el carácter extremeño. La cercanía relativa de su Granja de Torrehermosa, le impulsó a cambiar los aires de la universidad salmantina por los de Sevilla, y el recuerdo de su Granja de Torrehermosa, le acompañaba en una visita por Islandia cuando un grupo de profesores universitarios acusaban de inercia al gobierno de aquella isla, porque aparecieron dos baches en las magníficamente asfaltadas carreteras. Si ellos conocieran los pequeños que hay en la carretera de mi Granja de To-



El ilustre escritor fallecido durante un acto en Extremadura, hace años, junto a sus colegas; algunos, colaboradores nuestros.

En pie, Jesús Durán, Ricardo Espinosa, Florencio García, José Martín Vizcaíno y Antonio Sánchez Paredes.

Sentados, Manuel Ovejero, Francisco Elías de Tejada, Francisco Fernández Serrano y Jaime Peña.

rrehermosa, comentaba, sin que ninguno de los presentes pudiera entender ni averiguar lo que comentaba el admirado profesor español.

Su extremeñismo visceral y apasionado se destapó en la segunda Asamblea de Estudios Extremeños celebrada en Cáceres los días 27-31 de octubre de 1949. Se presentaba en la sección de Historia con una comunicación que titulaba nada más, y nada menos, que "el extremeñismo de Donoso Cortés" otro extremeño que, como Elías de Tejada, vivió la mayor parte de su vida lejos de Extremadura, y sorprendió a todos por la hondura del pensamiento y la claridad en la exposición de las raíces extremeñas del marqués de Valdegamas. Muchas antinomias de Donoso quedaban perfectamente encuadradas y explicadas en sus raíces.

Y en aquella misma asamblea quedó Elías de Tejada incorporado a la comisión designada para organizar la soñada Academia extremeña de Ciencias, Letras y Artes, de la que formaron parte con Elías de Tejada una serie de nombres gloriosos, casi todos ellos, y muy prematuramente, desaparecidos: Joaquín Montaner Monte, presidente de la Comisión, y proponente de la idea, Eduardo Hernández Pacheco, José María de Cossío, extremeño sólo de honor, Francisco Hernández Pacheco, Antonio Floriano Cumbreño, Esteban Rodríguez Amaya, José Luis Cotallo y Sánchez, Adalardo Covarsí, Eugenio Hermoso, Miguel Angel Ortí Belmonte, y Miguel Muñoz de San Pedro.

Con la muerte de Elías de Tejada queda, prácticamente, deshecha la vieja comisión, y tal vez sea éste el momento oportuno para recoger su antorcha, y convertirla en realidad.

De aquella asamblea salió también, inmediatamente, el segundo Seminario de Estudios Extremeños, que iniciamos en la ciudad de Plasencia, los tres placentinos que en Cáceres habíamos conocido, y habíamos conectado con Elías de Tejada: Crispín de la Calle Martín, abogado y escritor, Antonio Sánchez Paredes, abogado, escritor y subdelegado del Patrimonio Artístico Nacional en Plasencia, y el que esto escribe, que por entonces era sacerdote, y profesor del seminario diocesano de Plasencia. Las inyecciones de optimismo, suministradas por Elías de Tejada, fueron parte fundamental de aquellas brillantes actividades literarias, que admiraban y entusiasmaban nada menos que al escritor de Llerena, Arturo Gazul, quien, desde su residencia barcelonense calificaba de nuevo a Plasencia como la "Atenas extremeña", y eso que Arturo Gazul confesaba públicamente su pecado de haber recorrido

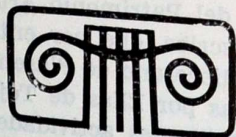
medio mundo, y no haber aterrizado, ni siquiera un martes, en Plasencia.

Si a la mitad de su carrera vital Elías confesaba que era un extremeño "que había vivido la mayor parte de su vida fuera de Extremadura" la otra media vida siguió marcada por el mismo signo: de la ausencia física, pero del afecto ininterrumpido a la tierra, a las personas, a las instituciones de Extremadura.

Su muerte en Madrid, y al filo de los sesenta años, me obliga a recordar que también, y a esa misma edad, fallecía en 1970, Antonio Rodríguez Moñino, otro extremeño universal, que en línea directa sólo podía empalmar con el santanderino Menéndez y Pelayo, con el campanerense Bartolomé Gallardo, con el hipano-romano Nicolás Antonio, y posiblemente con el frexenense Arias Montano.

Yo no sé por qué el maestro de albeitería placentino, Fernando Calvo aseguraba que "el año 63 es el año más peligroso para acauar la vida" y que el que "visse passar deste término a su padre, no espere que tan ahina y le vea morir, ni menos le espere heredar", y tengo que apelar a los secretos juicios de Dios, cuando he visto a dos amigos admirables, Antonio Rodríguez Moñino, y Francisco Elías de Tejada y Spínola, morir —ambos sin hijos— en el año crucial de los sesenta. Es lo que añade el mismo Fernando Calvo "si nuestro Señor Dios no ordenare y mandare otra cosa".

Ante un inexplicable silencio general, más que sospechoso, quede, por lo menos el recuerdo y la oración breve del que se proclama una vez más admirador, amigo, y paisano del batallador, inteligente e infatigable que fue Francisco Elías de Tejada y Spínola. "Descanse en paz". Amén



Sin nombre

Solidario, en lo más alto

del cerro, como un halcón

avizorante, medito.

Mal oficio, pensador.

Porque la memoria trae

lo que el tiempo se llevó:

la vida absurda, vacío,

mis muertos, lucha, dolor.

¿Por qué decimos mis muertos

cuando ya de nadie son?

De ellos ¿qué me queda? Nada.

Humo entre las manos. Voz

que se silencia en los labios

sellados. El estertor

de un recuerdo que evanesce

mientras me disuelvo yo.

No luce el sol. Densas nubes

me acercan en derredor.

Otoño. Tedio, tristeza

dentro de mi corazón.

Eugenio PAYO